

LA DECEPCION DE GARCILASO



Luis de Camões sabía lanzarle piropos a la portuguesa: “*mais branda que hum soneto de Garcilaso*”, de ese Garcilaso que él conocía, “*o brando e doce Lasso castelhano*”, de un Garcilaso que nosotros hemos forjado, resplandeciente y apuesto.

Boscán, el amigo del poeta toledano, ha traducido a sus instancias *El Cortesano*, de Baltasar de Castiglione. Garcilaso, en la corte, abierta y europea, del Emperador, es la encarnación de este cortesano. Hay vida interior y exterior, hay lágrimas y risas. ¡Europa entera va a ser nuestro campo de pleitos! Garcilaso —oro y luz— como un toreno, hace la pirueta y clava los sonetos: nos lo hemos forjado apuesto, demasiado apuesto. Garcilaso tiene que gritar sus impaciencias vestido de nuevo, joven, tan joven, que su barba debe estar empezando a brotar. Elena le ha sacado brillo a su espada, Isabel ha puesto al vivo sus ojos. Y Garcilaso, en un día cualquiera de fiesta, quizás ha oído misa y pasea —¡también se pasea en el XVI!— y se ha cruzado con alguien ¿con quién se habrá cruzado Garcilaso?... Entonces, habla y grita su soneto, *molto ligero* y a dos tintas, su soneto XXIII, el soneto de domingo de Garcilaso:

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto
y que vuestro mirar, ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena...

Ha sentido la angustia del tiempo ¡el joven Garcilaso! y, hasta en esto, ha sido moderno. Este domingo, como todos los días, Garcilaso está de punta en blanco. Su color es el oro, como los cabellos de Isabel, como el sol de España, como sus sueños a orillas del Danubio.

Así concebimos a Garcilaso: este es su retrato que, pincelada a pincelada, se escapa de sus versos y de su postura. "Era garboso y cortesano, con no sé qué majestad envuelta en el agrado del rostro, que le hacía dueño de los corazones, no más que con saludarlos", escribe Cienfuegos en su *Vida de San Francisco Borja*. Y Tamayo y Vargas dice: "...Fué más grande que mediano, respondiendo los lineamientos y compostura a la grandeza; la trabazón de los miembros igual, el rostro apacible con gravedad, la frente dilatada con majestad, los ojos vivísimos con sosiego, y todo el talle tal que, aún los que no le conocían, viéndole le juzgaban por hombre principal y esforzado, porque resultaba de él una hermosura verdaderamente viril". Estos retratos literarios de Garcilaso están de acuerdo con la imagen que de él nos hemos forjado... Pero, de Garcilaso se conservan interpretaciones plásticas en que un hombre con barba nos provoca la decepción de Garcilaso. La barba de Garcilaso es la decepción de Garcilaso. No lo veíamos así ni al morir en Muey en que, sin gustarle la lucha, pelea. Es la tragedia de Garcilaso; ese desenvainar la espada cuando sueña quietudes. Herrera, el Divino Herrera, siempre coronado en su Parnaso, será el reverso. En su mesa de trabajo moverá los ejércitos, en su cabeza de intelectual y de hombre civil soñará las batallas. Lógicamente, Garcilaso y Herrera deberían cambiar las realidades de sus vidas, sus ocupaciones, pero Garcilaso soñaría entonces con sus luchas: su disconformidad de su manera de vivir. Por esto, es joven y, por esto, lo hemos forjado así.

Garcilaso ha muerto el año 1536. Pierre de Ronsard tiene entonces sólo 12 años. Al frente de la edición de *Los Amores* de 1552 se conserva un retrato suyo. El retrato de Ronsard es también la decepción de Ronsard. El divino Ronsard también está coronado y una barba descuidada enmarca ese rostro cuyo perfil nos muestra una nariz a la griega como la de *Cassandra* que, con sus veinte años, los pechos al aire y el peinado difícil, aparece junto al retrato de su amante que está explicado en una cartela: "Así fué Ronsard, autor de esta obra, así fué su ojo, su boca y su rostro, retrato al vivo de dos lápices distintos: Aquí el cuerpo, y el espíritu en sus versos". Quizás trazara uno y otro retrato Denisot, pintor y poeta de la "Brigade".

Joachim Du Bellay, el amigo del poeta, también tiene barba, otra barba descuidada, otro bigote caído, otra mirada viva y lánguida, otros amores... Margarita de Francia, entre el armiño y las perlas de su "toilette", es la protectora de los dos poetas, más niña que Elena de Zúñiga, más niña que Isabel de Freyre. Y así, de la mano de esta otra barba francesa, de la de un "*gentilhomme vendômois*", de esta vida que, en un viejo mesón, camino de Poitiers, hizo la amistad con Du Bellay, entran en Francia los sonetos. De seguida, los comentaristas y Ronsard, como primer poeta francés del Amor:

"O beaux yeux, qui n'étiez si cruels et si doux..."

Y casi puede decirse también: todo poeta francés lleva su Ronsard dentro. Porque, esto sí es cierto: todo poeta español lleva su Garcilaso dentro.

Y volvamos a su barba. En la batalla de Olías—su bautismo de sangre—fué herido en el rostro. “Desde entonces, tal vez para disimular las cicatrices, se dejó crecer la barba, peinándosela de forma que las puntas estuvieran hacia adelante, dando a su rostro una expresión de fiereza desmentida por la dulzura de sus ojos”. Sin embargo el presunto retrato de Garcilaso no es suyo. Garcilaso no vistió el hábito de Alcántara, y la moda del peinado corto la lanzó Carlos V después de la muerte del poeta, “en ocasión en que los médicos le afeitaron la cabeza”. Pero su barba se ha hecho piedra en la escultura de la capilla de la Virgen del Rosario, Convento de San Pedro Mártir de Toledo.

Becquer, en esa afición suya por los ángulos y los rincones, trazó una página ante su enterramiento: “¡Qué hermoso sueño de oro su vida!... ser la acción y la idea, y morir luchando para descansar envuelto en los jirones de su bandera y ceñido del laurel de la poesía a la sombra de la religión, en el ángulo de un templo!” Y Becquer dialogó con él: “Nunca faltará quien te adivine... Nunca faltará alguna mujer hermosa que que te rece”. ¿Se acordaría Becquer de aquella Isabel de Freyre, muerta al dar a luz a su tercer hijo? ¿Se acordaría de aquel grito: *no me podrán quitar el dolorido sentir, si primero ya del todo no me quitan el sentido?* ¡Quien sabe lo que recordaría Becquer aquella tarde que visitó y descubrió el sepulcro de Garcilaso! Lo cierto, es que también él sintió su atracción y vió que su obra podría llamarse *La voz a tí debida*... el subtítulo de las obras de todos los líricos españoles. Y Garcilaso permanece ágil, dinámico, joven, endomingado, audaz. Así lo vemos, pese a su barba, pese a su armadura, pese a su gesto. Por eso preferimos su retrato literario. La plástica nos ha traído la decepción de Garcilaso, pero los sonetos han alzado la vitalidad de la postura garcilasista. Y Garcilaso permanece, ni fanfarrón ni faldero, expresándose, ni grosero ni engolado, en términos muy cortesanos. Y con barba o sin barba se pierde entre sus quereres, de la mano sólo de su amigo Boscán, peor poeta, pero mejor esposo.

ANTONIO GALLEGO MORELL.

